

Se celebra estos días, con la solemnidad que merece, el centenario del nacimiento de uno de los hombres máximos de nuestro siglo XX —don José Ortega y Gasset— y, a su conmemoración, contribuyen testimonios y comentarios que ponen de relieve sus valores intelectuales y sus peculiaridades humanas: su radical patriotismo, su so lidéz española, su vena madrileñista, su sabiduría en el arte de Paquiri —encabezamiento este de uno de sus ensayos prometidos, pero no publicados— y, sobre todo, naturalmente, la belleza, la profundidad, la maestría de su prosa que tanto discípulo tuvo en las generaciones que le sucedieron.

José María Alfaro habló de sus amigos. Citó algunos, diputados como tales desde siempre, otros menos notorios... Las firmas de quienes rindieron tributo al filósofo, al ensayista, al periodista eran, en su mayor parte, de quienes habían convivido más o menos con él, de quienes habían tomado directamente de él sus enseñanzas y podían, con mayor autoridad, hablar de su obra... y de su anecdótico. Yo, y bien lo lamento, le hablé sólo una noche —¿noviembre de 1950?—, pero no me resisto a la tentación de contarlo.

Nuestro común anfitrión fue un diplomático, Julio Palencia Tubau, hombre sensible y cultivado, cónsul en Hamburgo, de cuya bondadosa tercería me había servido para visitar la residencia del Canciller de Hierro, llevando como excepcional picerone al príncipe de Bismark, personaje, por cierto, un tanto distante y ceñudo. Julio Palencia era conversador, afable, generoso: hijo de la gran actriz María Tubau, que compartió el estrellato de la escena de su tiempo con la Guerrero y la Pino.

Pues bien: Palencia Tubau organizó una cena en el hotel Palace en honor de José Ortega, de muy reducidos comensales, uno de ellos el inolvidable Melchor Fernández Almagro. («Usted sabe muchas cosas», le dijo Ortega aquella noche, haciéndole justicia, porque, sobre todo del siglo XIX, de la pequeña y grande historia del siglo XIX, pocos sabían tanto como él.) Para mí, que había sido siempre orteguiano —¿orteguista?—, era muy emocionante aquel encuentro. La primera vez que lo había visto —al Ortega joven, maestro ya indiscutible— era fumando un cigarrillo enganchado a su boquilla característica, a través de los cristales del hotel Miranda, de El Escorial, mientras algunos adolescentes espíabamos sus movimientos que en nada, claro, diferían de los de un fumador vulgar. Esto sería allá por los años 21 ó 22. Su definición del Monasterio, tan próximo, como «nuestra gran piedra lírica», data quizá de aquellas fechas.

Habían pasado muchos lustros cuando, en torno a la mesa, Palacios Tubau me presentó a él. En el interin recordaba una de sus conferencias pronunciadas en el paraninfo de la Universidad de San Bernardo, con motivo de no sé qué alta asamblea internacional. Como le volaran alguno de sus papeles, él lo comentó graciosamente, aludiendo a «ce sorte de petites catastrophes» que interrumpían el decurso de su peroración.

Esa fue la primera vez que le oí. Después de la guerra le escucharía en sus diversas apariciones ante el público madrileño. Las inició en el Ateneo. Fue su toma de contacto con las nuevas generaciones de las que le había alejado físicamente su nomadismo de exiliado, a las que dedicó unos conmovidos párrafos en su introito. Su conferencia sobre el teatro —mayo de 1946— era la misma que había dado en Lisboa, según declaraba una nota al pie de página del tomo VII de sus «Obras Completas». El trasposo galantemente alguno nombre. Si en Portugal habló de la actriz Marininha Rey Colaço, aquí de Mari Carmen Díaz de Mendoza, a la sazón en el momento más alto de su fragancia femenina y artística.

# LA ÚNICA NOCHE EN QUE HABLE CON ORTEGA

Asistí, claro está, a su ciclo de la Unión Mercantil —el del Barceló me cogió fuera de España—. En la Unión Mercantil se agolpaba un auditorio heterogéneo compuesto de lectores de la «Revista de Occidente», y de catedráticos, de escritores y de quienes creían resellarse a sí mismos de intelectuales haciendo, simplemente, acto de presencia, y también de señoras que aprovechaban la oportunidad para estrenar los sombreros de la temporada. Un boliviano impertinente que, según Sánchez Mazas, usaba del vocabulario de una Santa Teresa libertina, se sentaba en una de las primeras filas adoptando, para irritar al conferenciante, actitudes desdeñosas.

Valían poco aquellos antecedentes para iniciar una conversación y ésta versó, en principio, sobre las circunstancias en las que Julio Palencia y yo habíamos amestado. Después, pasamos a otros temas generales.

No es hora tardía para la contrición: yo debí estar incómodo porque, en un inciso, Ortega se rebeló con cierta vehemencia «al interrogatorio al que le estaba sometiendo». Es indudable que le sobran razones para reprochármele, pero alegraré en mi descargo que se me deparaba la oportunidad de dialogar con alguien al que había leído desde la juventud y no quería que se me escapase vivo. Se tocó el tema de Cataluña. En una de sus escasas participaciones en los debates de las Cortes republicanas —ésta espléndida— Ortega había hablado de «isloté acantilado de los catalanes». (Don Antonio Maura, mucho antes, «de la corrosiva divergencia catalana».) Ortega dijo aquella noche que era un problema con el que, de modo inevitable, había que convivir y, lejos de pesimismo, afirmó que de ningún modo debería perturbar gravemente nuestra vida política. «Si las disparidades eran manifiestas, también podían ser fecundas.» Todos asentimos. Para halago de mi mujer, evocó algunos cuadros de la pintura italiana y, gentilmente, estableció un paralelo entre las miradas de Giuliana y las de las figuras de Botticelli. Tenía Ortega una voz robusta, abaritonada, una sonrisa dura, una frente anchurosa con el cabello en bajar que, no sé si de modo espontáneo o gracias al figaro, se le alargaba por los flancos hasta las sienes y una luz en los ojos de tal expresividad para el apóstrofe, para la ironía, para el afecto, que hacían innecesarias las palabras. Tenía, también, una enorme autoridad, de la que no podían, aunque quisieran, sustraerse sus interlocutores, fuese cual fuese su talla. Sí, sí, insisto: debí de estar incómodo. Por otra parte, doy por supuesto que mi apellido no le inspiraba simpatía. En un momento de desmesura, increíble en él, había escrito que «era sumamente difícil, hablando en serio y con todo rigor, encontrar en todo el ámbito de la Historia, incluyendo los pueblos salvajes, un régimen de poder público como el de la Dictadura».

Desde luego, la cena fue grata y cordial y,

## EL TRESILLO DE PIEL



AV. DE BAVIERA. 1  
(Parque de las Avenidas)

Joaquín CALVO-SOTELO  
de la Real Academia Española

terminada la sobremesa, acompañé con los anfitriones y los invitados a Ortega hasta la puerta del Palace. Me llamó Sotela al despedirse —probablemente el único traspés oral de su vida— y se subió al coche que le esperaba.

—Es indudable —comentaba alguien buen conocedor de Ortega— que le ponía nervioso mucha gente...

Tengo por cierto que yo figuraba en ese grupo, para lo que no me faltaban seguramente, además de méritos políticos, personales.

Jamás, después, se me deparó el honor de volver a cambiar con él una sola palabra.

Estaba en el Gijón el día en que se le aplaudió, pero no en el Golf —conversación en el Golf o la idea del «dharma», aquel otro en el que, raptado por unas ninfas amigas, almorzó allí. Lo que no cuenta de ese almuerzo Ortega es que vio pasar a un hombre joven, elegante, viril... (Antes se había dolido de esas hermosas mujeres que «no es que no nos miren, es que no nos ven».) Don José lo examinó despaciosamente y con la melancolía de quien se sabe maduro ya y no apolíneo, susurró apenas: «Daría mi filosofía entera por tener esa apostura...» Aquí reverberaba, inconscientemente, lo que había en él, como en todo español, de especialista en mujeres que analiza, en un abrir y cerrar de ojos, las viajeras del tranvía.

En fin... una mañana llegó Fernando Vela, un ser humano ejemplar, quizá, se me ocurre, el más fiel amigo de Ortega, a la tertulia del café Gijón y, con aire atribulado, nos dio la noticia de que una enfermedad incurable —ocioso su nombre— le amenazaba. Produjo la consternación general. La víspera, quizá, de su muerte, un religioso que almorzaba en mi casa, depositó al entrar un paquetito sobre la mesa del vestíbulo. «Son los óleos de Ortega», nos dijo con un lacónismo que me dejó sin respuesta y me hizo mirar aquel objeto, envuelto en un papel de seda, escalofriadamente.

Sin duda se los habría impuesto, pero quién sabe en qué grado de aceptación o pasividad del ilustre moribundo, a tenor de la irrefutable carta de su hijo José, que Marino Gómez Santos publica en su apasionante libro «España sin fronteras». Ganar a Ortega «posmortem» para la religión católica, de la que se había excluido a lo largo de su vida, sin merma de su decisivo «Dios a la vista», fue una de las peregrinas empresas en las que se embarcó el oficialismo de aquellos años. No olvidemos tampoco las consignas que el ministro que más enemigos hizo al régimen —Arias Salgado— circuló a la Prensa para que se administrasen con cautela y reservas sus honras fúnebres.

La verdad es que su muerte nos empujaba a todos. Edgar Neville decía que la noticia de que había perdido el conocimiento le parecía increíble.

Aún estoy viendo el ataúd de Ortega abriéndose paso en la calle de Montesquiza, una mañana soleada, en medio de una multitud tensa y silenciosa, y la llegada al cementerio, con la escolta de unos cuantos fervorosos y unos ramos de flores.

Será siempre para mí una frustración no haber merecido su amistad, haber dejado pasar ese gran regalo sin participar en él.

A Ruiz Castillo, cuando salía de la Cámara Oficial del Libro para ir a la «Revista de Occidente», un sujeto que andaba por aquel entonces en andanzas editoriales le decía con sorna: «Vaya, usted, como siempre, a recibir su ración de pensamiento...» Me entristece no haberla saboreado, emanada directamente de la conversación con Ortega y sólo a través de los libros. Me entristece, sí, el haberle puesto nervioso. Un único consuelo me queda. Einstein —no sé si aquel alguien lo incluía en sus listas— fue otro que le puso nervioso también.